

El camino del gigante

- ¡Tú estás *chalao*!

Eso dijo el Peque, mientras se frotaba arriba y abajo el moflete gordezuelo de preadolescente. Frente a él, erguido y con las manos separadas de los costados, como si pensara pegarle de nuevo, Daniel *el Dani* tenía los ojos, bordeados de espesas pestañas, encendidos como carbones. No era un fuego agradable el de aquellos ojos.

- Ya te lo dije. Te avisé. Pero parece que cuanto más te aviso más te apetece hacerte el machito delante de tu pandilla.

- ¡Joder, Dani! –el Peque intentó una genuflexión conciliatoria. A pesar de que ya estaba en el suelo, no le salió.- Que era una broma, mira... Se me ocurrió de repente cuando nos estábamos bañando. Les estaba enseñando a las chicas nuestra cueva por aquí cerca. ¡Fue de repente!- Esto último le salió un poco desgañitado y pusilánime.

El Dani soltó una risita y dio otro paso intimidatorio. No tenía más de diecisiete años y sus músculos fibrosos relucían como untados en aceite. Sobre sus anchos hombros se erguía con expresión burlona una cara de rasgos guapos de chulazo: ojos oscuros, nariz recta, labios gruesos, rizos sensuales. Era su apariencia y no las ocurrencias del Peque lo que había hecho acudir a la cabaña a las chicas de la pandilla.

El Dani frunció el ceño y con un gesto descuidado tiró unos hierros a las rodillas del Peque, que gimió de dolor.

- Toma tus ganzúas, *aficionaillo*. Más vale que no te encuentre con ellas cuando tenga aquí a mi perro.

Y tras esa advertencia se dio media vuelta y dejó el claro en dirección al pueblo. La pandilla, aún conmocionada, emprendió el camino hacia el río, descendiendo ruidosamente hasta la orilla. La última en irse, una chiquilla flaca y pequeña, se quedó en el claro unos instantes, como si ya escuchara el ladrido del perro amenazante.

Amanecía en el pueblo y casi en seguida empezaban a oírse las voces de los niños. Era verano, y la población intermitente que abastecía con su presencia la maltrecha economía de la población había desembarcado con toda su prole, al igual que todos los años. Las pandillas recorrían las calles con sus bicis, corriendo, gritando, haciendo fintas. Se les veía por las huertas y por el monte pero sobre todo en el río: realizando fantásticas excursiones, cazando cangrejos y ranas despistadas. No era el río más caudaloso de la región ni tampoco el más espectacular; no sabían su nombre y quizá no fuera más que un afluente perdido entre dos montañas, pero para los niños era un paraíso poblado de árboles a los que trepar, zarzas a las que arrancar sus dulces frutos, bichos furtivos y ruidos extraños, charcos traicioneros y verdosos. Y en medio de ese delirio tropical, la cabaña del Dani era el no va más de la excitación. La habían descubierto dos semanas antes y desde entonces no habían cejado en intentar descubrir sus secretos. Habían hecho muchas tiendas y nidos en los árboles, pero ninguno se podía comparar con la cabaña. Esta estaba formada por troncos de abedul de medio palmo de diámetro cada uno, unidos entre sí por gruesos alambres que se entretejían como una trenza. Los troncos estaban firmemente enterrados en la tierra arcillosa y sobresalían del suelo apenas dos metros. El techo también era de troncos. En una de las paredes, una pequeña puerta contrachapada en hierro y con candado y un ventanuco cegado por una malla eran las únicas concesiones a la habitabilidad. El efecto general era el de una gran caja de cerillas, inserta en un claro desbrozado a machetazos en el espesor de zarzas más inexpugnable de todo el río. Y un grupo de críos empeñados en cartografiar su propio mapa mundi no podía dejar sin resolver aquella incógnita. Pese al Dani.

A la tarde siguiente y a pesar de los planes del Peque, que no se desanimaba fácilmente, no pudieron volver a emprender la expedición. Las nubes habían encapotado el cielo y un viento desagradable y húmedo se colaba por entre las zarzas. Sus padres no les dejaron salir, mascullando

algo acerca de riesgo de tormentas. Pese a eso, lograron escaparse a chapotear un poco por la mañana, y el río estaba más fresco de lo que había estado nunca. En contraste, las piedras de la orilla casi quemaban.

Era tiempo de tormentas, repetían los adultos. Hacía mucho que no llovía, los cauces estaban atascados de matojos y basuras. Pero la tormenta no llegaba. El domingo, el cielo parecía una chapa galvanizada. Por la noche el viento húmedo, rumoroso, dobló las copas de los cipreses. Pero no llovió.

El lunes el cielo amaneció amarillo y pesado como cargado de azufre. Estaban en la plaza cuando doblando una esquina apareció el Dani. Delante de él tiraba de una cadena un bull terrier de tamaño mediano, que andaba como si se revoliera, con un hocico cruel y ojillos sucios y pequeños. El Peque le interpeló desde lejos:

- ¡Eh Dani! ¿Te has echado novia?

El Dani se paró y el perro se dirigió hacia la pandilla. Hubo un movimiento general de retroceso. La cadena se tensó y el bicho enseñó a los niños sus dientes triangulares como los de los tiburones. La baba que caía al suelo era espesa como el almíbar, el pelo áspero como las cerdas de un cepillo.

- Esta “novia” va a hacer que te tragues tus gracias como te vuelvas a acercar a mi cabaña –le contestó el Dani. La luz amarillenta daba a su cara un resplandor febril.- Mi perro va a estar dentro de ella, día y noche, y le voy a dar tan poca comida que destrozará la puerta como te huela pasar a cinco metros de allí.

Con una sonrisa cruel, el chico tiró del animal y se fue en dirección al río. Ninguno de los niños dijo nada. El Peque tenía la cara de un color blanco ceniza y la mandíbula floja como si le hubieran dado un golpe. Pese a ello se esforzó por esbozar una sonrisa despectiva que no engañó a nadie.

El día transcurrió sin más novedad. En la radio daban noticias de grandes cúmulos tormentosos formándose en las montañas. Al atardecer, el cielo pasó de amarillo a gris sucio. Fue entonces cuando lo dijeron a gritos unos chiquillos que volvían corriendo de la vega:

- ¡El río está subiendo! ¡El río está subiendo!

Todos mezclados, chicos y mayores, bajaron en tropel. El caudal de agua se había engrosado perceptiblemente y la velocidad inusitada mantenía a ras de suelo a los hasta entonces tiesos juncos.

- ¡Cuidado, no os metáis!

Algunos se arriesgaban a mojar los pies para comprobar la fuerza de la corriente; entre ellos la pandilla del Peque. Pero los mayores no estaban para bromas y les hicieron salir a gritos y aspavientos. El Peque trepó por un bancal y se quedó al resguardo detrás de unos matojos, a la espera de que a los mayores se les pasara la mala hostia. Unos metros más adentro, apartado de la línea de la orilla, el Dani discutía con dos hombres. Cuchicheaban con una violencia mal contenida y sus expresiones eran tan torvas que el Peque se agachó un poco para que no le vieran, por si las moscas.

Los hombres hicieron varias veces el amago de irse pero el chico se interponía en su camino, con una cháchara nerviosa. El brazo moreno se movía como un émbolo refutando su argumento, pero finalmente uno de los hombres lo rechazó y salieron de la vista del Peque. El Dani se quedó allí, mordiéndose los labios y mirando al río sin verlo. Mientras, el agua seguía subiendo.

A lo largo de tres horas, una lengua de líquido oscuro y burbujeante fue escalando sin prisa pero sin pausa el bancal de la orilla. Luego, se desbordó a la vega. Entre medias, algunas familias habían recogido sus cosas y se habían marchado, a una población cercana o a sus casas. Los márgenes del río se vaciaron de gente; como un hormiguero en el que silenciosamente alguien ordena dispersión, los grupos de gente habían ido replegándose hacia el interior del pueblo, y los más precavidos emprendían el camino hacia la iglesia, el punto más alto de la población, con comida y bebida e incluso algunos con tiendas de campaña y sacos.

El Peque y su pandilla hacían bromas, fanfarroneaban, merodeaban cerca de los frondosos márgenes. De improviso, un sonido agudo rasgó el aire plomizo: un aullido largo y sostenido, repitiéndose en distintos tonos como un tenor haciendo gorgoritos con un buche de agua. Los niños conocían ese sonido, pues era el mismo que lanzaban por las noches los perros semisalvajes que pululaban por el pueblo. Pero ese aullido sonaba en lo más intrincado de las zarzas de la ribera:

tenía que ser el bull terrier del Dani, encerrado en la cabaña y con el agua zumbando tenebrosamente a escasos metros de la puerta. Pero ningún chico se hubiera atrevido ni siquiera a acercarse, no con el rumor del agua transformado ahora en un silbido clamoroso y ululante.

Oscureció de repente. Y en cuanto los montes quedaron a oscuras un rumor lejano, como de tambores, fue acercándose y se convirtió en un rugido atronador que bajaba botando por la ladera como una bola de nieve hecha de metal, sumergiendo el aullido del perro entre sus chasquidos atronadores. Todo sucedió muy rápido. Mientras los rezagados, con las caras contraídas por el pánico, subían las calles a oscuras hasta la iglesia, un estrépito de madera que se rompe y ramas que se agitan irrumpió en la cuenca y llenó el aire, como si un gigante se abriera paso por el cauce del río apartando con sus manazas los abedules, convirtiendo en pulpa con sus grandes pies los álamos y las pinchosas zarzas. Aquellos que habían subido a la torre de la iglesia y se habían atrevido a mirar, contaron luego que habían visto a la luz fosforescente de las estrellas los troncos crujiendo y cayendo, arrollados en su carrera por una turba informe que no era otra cosa que el agua enfurecida cargada con un proyectil de troncos, cieno y desperdicios acumulados en el remoto nacimiento de la fuente, convertidos en un tapón fatídico que había explotado impulsado hacia la destrucción. A la cabeza de la riada, como el bauprés de un navío fantasmagórico, el tronco gigantesco de un ciprés se habría camino en el cauce, y el agua gris y los matorrales arrancados de cuajo anegaron en menos de diez segundos la cuenca y las casas del pueblo que se encontraban hasta unos cincuenta metros de distancia.

El sonido se fue alejando, como el retumbar de un trueno, y la noche pasó entre sollozos y espanto.

El sol salió deslumbrante, enseñoreándose de nuevo de sus dominios. El espectáculo era desolador: donde antes el cauce horadaba la tierra corría el humilde afluente, vuelto a su estado primigenio, serpenteando entre aludes de barro y desperdicios distribuidos caprichosamente como oscuras

dunas. La mayoría de los árboles habían quedado en pie, pero horrorosamente torcidos y despoblados de sus ramas, como si hubieran sido sometidos a tortura por una mano que los hubiera estrujado sin piedad. En un radio de veinte metros se amontonaban los detritus y troncos rasgados, otros más débiles arrancados con sus raíces boca arriba. Los alegres rayos de sol hacían un contraste ominoso con las bolas malolientes de cieno, ramas y plásticos.

Y entre los montones de la nueva geografía, los niños, asombrados y silenciosos, tanteaban con los pies antes de dar cada paso. De repente, como una flecha aceitada y oscura, el Dani apareció calle abajo, con la cabeza delante del cuerpo como el corredor que quiere llegar el primero a la meta. Los chiquillos echaron a correr tras él, contagiados de su urgencia. El Peque ya sabía donde iba: a su cabaña, que estaba en lo más intrincado de la orilla, en un claro en lo más alto del barranco...

Pero nada había podido resistirse a la tromba contundente, mezcla como de hormigón de piedras, barro y ramas: donde antes se alzaba la cabaña del Dani quedaban arrancados de cuajo algunos troncos, enganchados a la turba por sus propios alambres, y todo alrededor aparecían diseminados los restos resquebrajados de viejos palés y algún resto acusador que los chicos no supieron identificar. Eran pastas de color oscuro, de consistencia y tamaño parecidos a la plastilina que utilizan los críos para modelar, cuyo penetrante olor no había podido mitigar la riada. Eran los restos del negocio del Dani.

Mientras este iba de un montón a otro con los ojos extraviados, intentando recuperar algo entre las brozas, el Peque se fijó en algo que se levantaba en un extremo de lo que antes era el claro: una mezcla de alambres que habían actuado como un colador gigante. Allí, sobre unas cañas vencidas, el olor crudo de la podredumbre flotaba sobre unos palos viscosos. El Peque retiró los palos y los ojos se le llenaron de lágrimas. Bajo las ramas, semioculto piadosamente por las hojas y el barro, se hallaba algo despanzurrado y blanquecino. Algo que había sido un perro.